

**BOBBY**

Hugo Alberto Alonso\*

**NOTA DEL EDITOR**

Este cuento ha resultado finalista en el Concurso Nacional de cuento y poesía Adolfo Bioy Casares de la Dirección de Cultura de la Municipalidad de Las Flores – 2013, con un jurado constituido por Jorge Torres Zavaleta, Pablo de Santis y Marcela Crespo Buiturón

Marcos siempre había sostenido que las casas, como las personas, irradian señales de simpatía o de rechazo cuando se las observa por primera vez. No podía explicar con claridad el motivo de esas percepciones, pero era lo que sentía cada vez que se interesaba por un inmueble. Y esa casa blanca de tejas grises, rodeada por un inmenso jardín, había irradiado muestras de simpatía no bien dobló la esquina con su automóvil y apareció en el parabrisas. Fue una conexión inmediata, un amor a primera vista. Aun cuando no conocía el interior de la casa, había decidido que ese sería el nuevo hogar que disfrutaría con su familia.

Lanzó una mirada fugaz a su esposa e hijo, y le pareció que ellos se habían encandilado con la propiedad tanto como él. Estaba seguro de que en ese momento estarían imaginando cuáles serían sus rincones preferidos dentro de la casa y también en el jardín. Silvia, seguramente, esperaba encontrar un gran ventanal en la cocina que le permitiera contemplar un patio lleno de flores. Pablo buscaría un lugar donde pudiera jugar con el cachorrito de pastor alemán que el padre le había prometido tener cuando vivieran en una casa espaciosa.

Estacionó el auto frente a la puerta del gran garaje y los tres descendieron con lentitud mientras miraban expectantes el frente de la casa. Parado en la escalera que daba al porche, los esperaba el encargado de la inmobiliaria. Luego de darse un breve saludo de protocolo y de satisfacer la curiosidad del vendedor respecto del viaje que habían realizado, lo acompañaron al interior de la casa.

---

\* Cuentista y novelista pehuajense premiado en la Argentina y en el extranjero. Ha publicado los libros de cuentos *Azucena y otros cuentos* (1998), *Algo ocurrió en el cielo y otros cuentos fantásticos* (2005), y *Juegos de niños y otros cuentos* (2009), y la novela *Junge* (2012). Correo electrónico: alonsofarina@fibertel.com.ar.

*Gramma*, XXV, 53 (2014), pp. 133-144.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

Los recibió un pequeño hall distribuidor desde el que se advertía un amplio y luminoso living con una bonita chimenea y un espacio suficiente para cumplir todos los sueños de Marcos, hasta el de tener un lugar apropiado para su mesa de ajedrez. Luego, se entraba a la cocina, al comedor y a la habitación de servicio. Silvia corrió para comprobar que su ansiado ventanal con vista al jardín era una realidad. Subieron después al piso superior por una ancha escalera de madera. Allí, desembocaron en tres confortables dormitorios desde los que se veía el jardín que rodeaba casi totalmente la casa. Marcos imaginó uno de esos dormitorios transformado en biblioteca y sala de entretenimientos. La familia empezaba a ver que su anhelado sueño se convertía en realidad.

El vendedor les explicó que la propiedad tenía solo tres años de antigüedad y que los primeros dueños habían decidido, por razones de trabajo, radicarse en un lugar menos solitario y más cercano a la ciudad. Se apresuró a aclarar que la casa era ideal para gente que no soportaba los estruendos ni la contaminación de las ciudades populosas y para aquellos que amaban el contacto con la naturaleza.

Mientras el hombre les explicaba la conveniencia de optar por esa inversión, Marcos dedicó unos buenos minutos a observar las casas vecinas. Sabía que las bondades o los inconvenientes de vivir en un barrio alejado de los centros urbanos siempre se reflejaban en el estado en que los vecinos mantenían sus propiedades. Notó que todas ellas tenían un tipo de construcción similar y un impecable mantenimiento por parte de sus dueños. Además, quien había diseñado el barrio se había asegurado de que la distancia entre las construcciones garantizara la privacidad y de que la estrechez de calles y pasadizos no generara conflictos entre los vecinos.

Una exclamación de Pablo sobresaltó a los padres. Corrieron al jardín y encontraron al niño extasiado con el lugar, con los brazos extendidos al cielo, como agradeciendo el obsequio a alguna deidad. El parque era enorme, y un frondoso ligustro rodeaba la casa. Había plantas de distintas especies, muchas de ellas en floración. A Marcos le sorprendió la prolija altura del césped y el suave aroma del pasto recién cortado, algo inusual en las casas que han permanecido desocupadas por algún tiempo.

—¡Papá, ahora voy a poder tener mi perro! —Se entusiasmó Pablo.

—No tan rápido, hijo —contestó el padre—, aún no la hemos comprado.

—Pero lo harás papá, ¿verdad? —Y buscó suplicante la mirada cómplice de su madre.

Silvia miró a Marcos, y este comprendió que esa complicidad había quedado sellada.

Cuando se retiraban de la casa, Marcos acordó con el vendedor una nueva reunión al día siguiente en la inmobiliaria a fin de revisar los procedimientos y documentos necesarios para realizar la compra.

En ese momento, Pablo lanzó otra exclamación. Había descubierto algo en el porche y quería saber de qué se trataba. Estaba hincado al lado de un objeto que yacía solitario en el piso de baldosas junto a la baranda. Parecía una caja rectangular, del tamaño de una caja

de zapatos. A cada lado de uno de los extremos, sobresalían dos pequeñas ruedas como las que tienen los juguetes rodantes. La parte superior estaba cubierta por una tapa lisa, de plástico verde, sin ningún dibujo ni grabado, que iba redondeándose hacia uno de los bordes hasta convertirse en una forma roma, como si el fabricante hubiera querido darle al objeto un diseño aerodinámico en la parte delantera. Marcos supuso que sería una aspiradora de polvo, pero le extrañó que no tuviera mangueras. La levantó del piso y notó que era demasiado pesada para que cumpliera esa función. La dio vuelta para investigar la base y se dio cuenta de que había otro par de ruedas giratorias, más pequeñas, que sobresalían de la superficie junto a una conexión eléctrica, en lo que vendría a ser el frente inferior del aparato. No se veían cables, ni manijas, ni mangueras, ni instrucciones de manejo grabadas en ninguna parte de la superficie, como suele ocurrir con los electrodomésticos.

— ¡Ah!, ese es Bobby —dijo el vendedor.

Y agregó enfáticamente:

— Su trabajo en la casa es cortar el pasto, y créame que es eficiente.

— Me parece muy pequeño para ser una cortadora de pasto —sugirió Marcos.

El hombre pareció incomodarse con la respuesta de Marcos:

— Bobby no es una cortadora de pasto común y corriente. En realidad, es un aparato muy servicial. Trabaja solo, sin molestar a las personas que habitan la vivienda.

Y agregó:

— Ni siquiera necesita que lo ayuden a cargar las baterías.

A Marcos le pareció que el vendedor había empezado a exagerar las ventajas de la oferta y decidió que era hora de irse. Reiteraron el compromiso de encontrarse al día siguiente y se marcharon.

Cuando Marcos, en la escribanía, terminó de firmar el último documento, miró a su esposa que lo contemplaba sonriente desde el otro lado de la mesa. Todo había salido a la perfección y apenas podían contener la ansiedad de comenzar la mudanza.

Dos días después, estaban establecidos. Luego de acomodar muebles y verificar los sistemas de electricidad y de agua durante horas, Marcos salió al porche y descubrió una bella puesta de sol sobre los tejados de las casas vecinas. Le pareció un regalo adicional el hecho de que pudieran disfrutar de semejante espectáculo desde la puerta de su casa. Cuando se decidía a ingresar en la casa, creyó ver un movimiento en el piso y, al bajar la vista, encontró el aparato de cortar pasto pegado a la suela de sus zapatos. Imaginó que Pablo había estado jugando con él y reparó en que no había averiguado cómo utilizarlo. En verdad, el tal Bobby no le inspiraba demasiada confianza. Supuso que pronto terminaría amontonado en el galponcito del fondo con los trastos inútiles. Lo acomodó en un rincón del porche y se propuso llamar algún día al hombre de la inmobiliaria para pedirle el manual de uso.

Los rayos de sol que se filtraban por la ventana del dormitorio iluminaban totalmente la habitación. Silvia comenzó a restregarse los ojos y, de inmediato, se tapó la cabeza con las sábanas. Marcos, todavía confundido en su modorra, miró el reloj y comprobó que faltaba bastante para las ocho de la mañana, hora a la que siempre se levantaba para ir a trabajar. La noche anterior habían estado contemplando por la ventana el jardín iluminado por la luna hasta quedarse dormidos, pero ahora el sol inclemente de la mañana les interrumpía el sueño.

—Aún nos queda una hora de sueño —dijo a su esposa, pero ella no le contestó porque ya había vuelto a dormirse.

Trató de volver a conciliar el sueño, pero un sonido apagado y persistente, como el de un motor pequeño que trabajaba sin mucho esfuerzo, captó su atención. Se incorporó con lentitud y fue hasta la ventana. Abajo, sentado en medio del jardín, Pablo contemplaba cómo Bobby recorría el parque de un extremo al otro cortando el césped, se detenía al embestir el tronco de alguna planta, giraba en sentido contrario y continuaba luego su trabajo hasta encontrar otro obstáculo, giraba de nuevo y reiniciaba el recorrido hasta tropezar con el próximo escollo. En el camino, dejaba en el pasto las prolijas marcas de sus precisas cuchillas. Lo primero que Marcos se preguntó fue cómo habría hecho Pablo, de tan solo cinco años, para poner en marcha un aparato que le era desconocido. La segunda pregunta, que tampoco pudo contestarse, tenía que ver con los excepcionales motivos que habían sacado a su hijo tan temprano de la cama. A Pablo le costaba mucho levantarse antes de las nueve de la mañana.

No hubo modo de convencer a Pablo para que desayunara con sus padres. El niño no estaba dispuesto a desprenderse ni por un segundo de su juguete nuevo. Para Silvia y Marcos, el asunto resultó sorprendente y divertido, y les alegró que Pablo empezara a disfrutar de la casa.

—No me imagino cómo hizo Pablo para poner en marcha ese aparato —comentó Marcos mientras saboreaba su café.

—Los chicos se dan maña para todo, pero ya se cansará de su nuevo juguete —aseguró su esposa.

Marcos asintió y se preparó para ir a trabajar. Antes de salir, se asomó por la ventana y echó un vistazo al patio. Vio a Pablo sentado en la escalerilla que bajaba de la cocina al jardín. Hablaba y gesticulaba y, a su lado, como si escuchara con atención, descansaba Bobby con el motor regulando.

En la cena, notaron a Pablo muy excitado, como si estuviera a punto de revelar algo y no supiera cómo expresarlo. Finalmente, habló:

—Papá —dijo—, creo que ya no quiero el cachorro de pastor alemán.

Marcos miró con cautela a su esposa, que se acercó a la mesa con gesto de perplejidad.

—Has pedido ese perro casi todos los días en los últimos tres meses. ¿Qué hizo que cambiaras de opinión?

El niño se encogió de hombros y sumergió la vista en el plato sin contestar. Silvia lo contempló durante unos segundos y luego miró confundida a Marcos.

—Bueno —dijo el padre—, haremos lo que tú prefieras.

Afuera se escuchaba ronronear a Bobby mientras continuaba su incansable recorrido por el patio.

—¿Apararás a Bobby para que podamos dormir esta noche? —preguntó Silvia a su hijo—. Ha estado funcionando todo el día.

—No sé cómo se apaga, mamá.

—Deberías intentar el procedimiento inverso de cuando lo encendiste —intercedió Marcos.

—Yo nunca lo encendí, papá, pero voy a decirle que deje de trabajar y listo —respondió, y salió a la carrera en dirección al jardín.

Los padres se quedaron perplejos con la mirada posada en la silla que acababa de abandonar el niño.

— ¿Quién puso en marcha a Bobby, entonces? —balbuceó Marcos.

Silvia no supo qué contestar. En ese momento, el ronroneo se apagó. Algunos segundos después, reapareció Pablo en el comedor.

— ¿Descubriste el modo de apagarlo, hijo? —preguntó Marcos.

—En realidad no, papá, pero Bobby es muy obediente...

Para el primer fin de semana en la casa, Marcos tenía previsto realizar variados trabajos y un testeo de las instalaciones. Se había propuesto también analizar el funcionamiento de Bobby y la conducta de su hijo con el aparato. Habían ocurrido algunos hechos desconcertantes que quería investigar. El más sorprendente había sido que, en los días siguientes a aquella primera mañana, Bobby había iniciado sus trabajos matinales aun antes de que Pablo se despertara. La otra cuestión que no podía entender era cómo conseguía su hijo silenciar al aparato en las noches sin siquiera tocarlo.

Mientras acomodaba algunas cosas en el galpón del fondo, se dio a la tarea de observar a Bobby, que rodaba sobre el pasto aparentemente sin forzar el motor. Entre idas y venidas, recorría todo el patio, y, por donde pasaba, el césped lucía prolijamente cortado. Reparó en que, cuando detectaba algún obstáculo con el borde delantero, se detenía unos segundos y giraba hacia su izquierda, para continuar el recorrido hasta encontrar un nuevo escollo. Entonces, volvía a realizar ese mismo giro hacia la izquierda, y lo repetía cada vez que una dificultad se interponía en su camino. En el recorrido, sus afiladas cuchillas realizaban un trabajo impecable alisando la superficie verde del jardín mientras el pasto recién cortado impregnaba el lugar con su perfume.

Pablo, en tanto, se entretenía con las figuras de alguno de sus libros preferidos sin dejar de vigilar a su nuevo amigo.

De pronto, Bobby comenzó a titubear, como si se estuviera quedando sin combustible. En medio del jardín y sin haberse acercado a ningún obstáculo, se detuvo durante

algunos segundos, recompuso un poco el accionar del motor, giró como de costumbre para el lado izquierdo y rodó en diagonal hacia un rectángulo de goma negra que asomaba del piso junto a una de las paredes del galpón. Allí, introdujo su parte delantera y permaneció conectado unos quince minutos. Pasado ese tiempo, se volvió a encender el motor con un sonido parejo y saludable. Bobby retrocedió, giró hacia la izquierda y retomó su trabajo en el jardín.

Marcos se acercó al rectángulo y lo examinó. Era una conexión eléctrica casera con el voltaje normal de cualquier aparato doméstico. Del fondo del rectángulo, emergían dos dientes de contacto que indudablemente debían introducirse en la parte delantera de Bobby para realimentarlo de electricidad.

La mañana transcurrió sin otras novedades. Por la tarde, la familia decidió visitar el supermercado a un par de kilómetros de la casa. Pablo se alegró de hacer el paseo y fue el primero en subir al auto para partir. Iba a ser su primera salida desde que se habían mudado.

Regresaron unas horas después. Cuando faltaban cincuenta metros más o menos para llegar, vieron un objeto detenido sobre la rampa del garaje. Pablo lo identificó enseguida:

—¡Es Bobby! ¡Nos está esperando! —exclamó con alegría.

No bien Marcos ascendió a la acera y detuvo el automóvil, Pablo se arrojó fuera y corrió hacia Bobby. Este se puso en marcha y, en un rápido giro, esta vez hacia la derecha, empezó a rodar hacia Pablo hasta encontrarse con él. Acto seguido, Pablo corrió hacia el jardín mientras su amiguito rodaba trabajosamente detrás suyo para alcanzarlo.

—¿Has visto lo mismo que yo? —preguntó Marcos a su mujer.

Silvia no salía de su estupor. Alcanzó a murmurar:

—Me habías dicho que esa máquina solo giraba hacia la izquierda...

—El lunes hablaré con el vendedor para que me explique qué es lo que está pasando aquí —dijo Marcos para tranquilizarla. Aunque, enseguida, se dio cuenta de que no lo había conseguido.

La tarde del sábado fue una fiesta para Pablo en el jardín. Bobby, como si hubiera decidido tomarse el día de descanso, participó de sus juegos ante la mirada atónita de sus padres. Se comportaba como un cachorrito, que acompañaba a su amo en las correrías por el jardín y obedecía todas las órdenes que el niño daba. Por momentos, Pablo se escondía entre los árboles, y Bobby rodaba hasta encontrarlo. A Marcos y a Silvia ya no les quedaba ninguna duda de que su hijo era capaz de dirigir al aparato sin necesidad de usar el manual de instrucciones. Pero lo incomprensible era el incondicional acatamiento de Bobby a los juegos que le proponía su hijo.

Esa noche, luego de la cena, Pablo se quedó dormido en el sillón del living. Marcos lo levantó y lo llevó a su cama, lo arropó, abrió las ventanas del dormitorio para que estuviera suficientemente ventilado y salió de la habitación. Antes de cerrar la puerta, escuchó el ronroneo de Bobby en el jardín y decidió que era su oportunidad de revisarlo. Necesitaba

convencerse de que el aparato podía ser apagado en forma mecánica y que todo lo que estaba ocurriendo con él era solo producto de su imaginación.

Salió al jardín y esperó a que pasara Bobby, que realizaba tranquilamente su trabajo. Cuando lo tuvo cerca de sus pies, se agachó, lo levantó y lo dio vuelta para buscar el interruptor. El aparato siguió modulando el sonido mecánico mientras las ruedas giraban en el aire. Marcos hurgó en la base durante varios segundos hasta que localizó una pequeña perilla cerca del eje trasero. «Esta debe ser», pensó. Cuando trató de presionarla, el suave ronroneo se convirtió en un acelerado rugido y comenzó a vibrar y a moverse de tal modo que parecía querer escapársele de las manos. En su afán por retenerlo, se abrazó al aparato y con la mano izquierda rozó una de las cuchillas. Sintió el chasquido sordo de la carne cuando se corta y vio que la sangre le saltaba al pecho. Soltó a Bobby, que cayó al piso con las ruedas para arriba. Sin dejar de rugir y de vibrar, el artefacto consiguió darse vuelta y ponerse sobre sus ruedas para luego, a toda velocidad, rodar hacia el galpón donde se ocultó en la oscuridad y apagó el motor.

Al matrimonio le costó conciliar el sueño esa madrugada cuando Marcos regresó del sanatorio. Recibió cinco puntos de sutura y un exagerado vendaje en la mano herida. Sin embargo, sus pensamientos estaban puestos en el comportamiento de Bobby. Se resistían a aceptar la humanización del aparato y les resultaba inquietante observar la obediencia perruna que el mecanismo le prodigaba a su hijo.

—Al menos, no parece haber un peligro cierto para él —se conformó Silvia.

—Sí, eso me tranquiliza un poco. Pero esto no es normal. Debemos averiguar cómo y de dónde llegó este aparato. Ayer en el supermercado, consulté si los tenían a la venta y me contestaron enfáticamente que no conocían este tipo de modelos. También, he estado observando a nuestros vecinos. Ellos usan las cortadoras de pasto tradicionales.

Esa soleada mañana de domingo decidieron disfrutarla en el jardín. Por la herida, a Marcos le resultaba doloroso hacer cualquier tipo de actividad, incluso, jugar con Pablo, así que decidió leer un libro bajo la sombra de un paraíso. Silvia se dedicó a cuidar las plantas y las flores, a las que no había podido atender debidamente desde la mudanza. Encontró un par de hormigueros que la perturbaron bastante y le llevó bastante tiempo eliminarlos. Pablo contemplaba, como era habitual, las láminas de un libro, en este caso de ciencias, que le habían comprado el día anterior en el supermercado. Al niño le fascinaban esos temas y era tal su avidez por conocerlos y tan grandes los esfuerzos de Silvia por enseñarle las primeras letras que estaba en condiciones de leer textos no muy extensos e interpretarlos, aun cuando no había empezado el ciclo escolar. Bobby estaba ocupado en recorrer los lugares alejados del jardín, tarea que había comenzado mucho antes de que Pablo se levantara. Marcos no trató de develar esta nueva demostración de independencia de la máquina, pero se propuso hablar con el vendedor de la inmobiliaria al día siguiente.

Entonces volvió a ocurrir. Silvia procuraba eliminar un hormiguero dentro del ligustro

y renegaba acomodando su cuerpo entre las plantas para no dañarlas. Bobby hizo un leve desvío en su recorrido y se acercó a sus pies. Silvia escuchó el ronroneo a sus espaldas, miró hacia atrás y, fastidiada, advirtió que Bobby se aproximaba.

—¡¡Fuera!! ¡¡Fuera de aquí, cacharro del demonio...!! —le gritó a viva voz.

Bobby se detuvo, comenzó a elevar las vueltas del motor hasta convertirlo en un rugido y hasta que su armadura de plástico vibró como un diapasón. Enseguida, reinició su andar y, de modo amenazante, se acercó a las piernas de Silvia. Pablo, sin levantar la vista de su libro, lo contuvo.

—Bobby —dijo muy tranquilamente—, deja en paz a mamá...

Marcos levantó la vista por encima de los anteojos y vio cómo Bobby bajaba las revoluciones del motor, dejaba de vibrar y, girando hacia la derecha, continuaba su trabajo en el jardín. El estupor de los esposos duró casi el mismo tiempo que el cruce de sus miradas. Marcos hizo un gesto a su esposa para indicarle que debía hablar con Pablo sobre su nuevo amigo.

Luego de la cena, Pablo quiso hacer algunos comentarios a sus padres sobre el libro que le habían comprado. Se mostraba fascinado con lo que había aprendido sobre los viajes espaciales, los astronautas y sus experimentos. Marcos creyó que era el momento apropiado para que los tres hablaran sobre Bobby.

—Nos sorprende tu habilidad para manejar a Bobby —le dijo Marcos a su hijo con tono de curiosidad.

—Sí —contestó Pablo con naturalidad—, él es muy obediente.

—Ya nos has dicho eso, Pablo, pero ¿cómo has conseguido que te obedezca?

—Bobby es como un perrito cachorro, como el que me ibas a regalar, ¿recuerdas? Los perros quieren a sus amos y son muy buenos compañeros. Solo hay que educarlos y ellos aprenden enseguida. Es lo que he hecho. Lo aprendí de uno de los libros que tengo.

—De acuerdo, pero... Bobby no es un perro, es una máquina y a las máquinas no se les habla ni se les dan indicaciones para que aprendan.

—Eso no es cierto, en la televisión yo veo todos los días a las máquinas y a los humanos conversando entre ellos.

—Pablo —dijo Marcos conteniendo su impaciencia—, ¿alguna vez has visto a una persona real hablando con una máquina?

—Te he visto a ti hablando con tu computadora. Y he visto cómo ella te obedece. Pues, entonces, yo he hecho lo mismo.

Marcos se quedó unos segundos en silencio. Recordó que había comprado un dispositivo de seguridad para su computadora que le permitía iniciarla usando su timbre de voz. Había optado por ese recurso para prescindir de las claves y demás exigencias de memoria a las que lo sometía su PC. Pablo siempre asistía al prodigio de observar cómo la potente voz de su padre era capaz de encender la pantalla de la computadora.

Sin duda, la conversación empezaba a complicarse. Entonces, Silvia trató de salir al paso.  
—Pablo, ese perro... o máquina, anoche lastimó a tu padre —le reprochó.

—Lo que pasa es que Bobby está un poco nervioso —contestó con seguridad—. Cuando estamos con él, tenemos que tomar algunas precauciones. Yo leí que los perros se ponen malos en la primavera por culpa de algo que se llama celo. Es probable que a las máquinas les pase lo mismo. El libro dice que a los perros con celo, lo que creo que es una enfermedad, no conviene acariciarlos en las mandíbulas porque suelen morder. A las máquinas también hay que tratarlas con cuidado.

Marcos empezó a sentir que sus argumentos se desmoronaban como una pared de talco embestida por una bola de acero.

—Hijo, nosotros estamos preocupados con esta situación, tememos que se descontrolé y que salgas lastimado. Mañana hablaré con el vendedor de la casa y le pediré que se haga cargo de Bobby.

—¡No, papá! ¡No quiero perder a Bobby! ¡Por favor! Tú me habías prometido un cachorro y ahora lo tengo.

Y ante la mirada imperturbable de su padre, saltó de su silla y, a la carrera, subió llorando a su habitación.

Esa noche, nadie desconectó a Bobby.

A la tarde siguiente, Silvia y Pablo aguardaban impacientes a Marcos para saber qué decisión había tomado como resultado de la conversación con el vendedor. Cuando Pablo se aseguró de que el hombre no aceptaría que le entregaran a Bobby, se fue a dormir más tranquilo.

—¿Pudiste averiguar si existe algún manual de instrucciones? —le preguntó Silvia a Marcos.

—El ex dueño de la casa no dejó ningún manual. El vendedor dijo que él mismo se había ocupado de investigar si alguien había ingresado alguno de estos aparatos en el país para solicitarle una copia. Descubrió que habían ingresado algunos, pero no pudo dar con ninguno de sus dueños, de modo que tendremos que arreglarnos como estamos.

—¿Le explicaste nuestro problema? —insistió Silvia.

—El vendedor se rio de mí cuando le conté lo que pasa aquí con Bobby. Me dijo que yo exageraba, pues nuestra flamante mascota solo es una máquina que responde a un software que ningún niño puede modificar.

—Pero nosotros hemos visto que Bobby obedece a Pablo —se quejó Silvia.

—Cuando se lo mencioné, me respondió que muchas veces los dueños de casa se encariñan con los objetos mecánicos que adquieren y creen que estas máquinas responden a sus deseos u órdenes. Él supone que algo parecido debió pasarle al dueño anterior.

—¿Qué cosa le ocurrió? —Preguntó ansiosa Silvia.

—Dice que el hombre presumía un poco. Era un individuo adinerado que trajo a Bobby de la India y aseguraba que el aparato era casi humano. Nadie le creía, y le creyeron menos cuando se fue de la casa y dejó a Bobby abandonado a su suerte.

—Tal vez deberíamos abandonarlo nosotros también —arriesgó Silvia.

—Pablo no lo toleraría, pero no queda otro remedio. Mañana mismo voy a desembarazarme de este aparato de una vez para siempre.

Al terminar la última frase, Marcos reparó en que desde hacía un buen rato no se escuchaba el ronroneo de Bobby, lo que era extraño porque Pablo no había bajado a ordenarle que se apagara. Se asomó a la ventana y vio el solitario jardín iluminado por la luna. Supuso que estaría en el galpón, donde se habría ocultado por algún capricho de su impredecible software.

A la mañana siguiente, a todos les sorprendió el silencio inusual que había en el jardín. Marcos y Silvia salieron en busca de Bobby, pero no lo hallaron. Tampoco lo localizaron en el galpón. Silvia buscó en cada rincón del parque y entre el ligustro. No quedaban rastros de Bobby.

Cuando Pablo se despertó y se enteró de la desaparición de su amigo, se unió a la búsqueda. Lo llamó infructuosamente durante casi una hora. Entre los tres revisaron los alrededores de la casa por si había salido a la calle y no había podido regresar. Definitivamente, Bobby se había evaporado en medio de la angustia de Pablo y de la incipiente alegría de sus padres.

Lo esperaron todo ese día, y el siguiente y el siguiente. Marcos y Silvia trataron de encontrar una explicación que justificara la huida de Bobby para compensar la tristeza de Pablo. El niño no se consoló con la renovada promesa de su padre de traer un perro a la casa. Muy por el contrario, no quiso saber nada con la idea de recibir a otro compañero que no fuera Bobby.

Ocurrió en la madrugada de un lunes. Como a las tres de la mañana, los despertó un ronroneo mecánico muy familiar que recorría el jardín. Lo acompañaba otro más débil, pero igual de persistente. Marcos y Silvia se vieron arrastrados de inmediato por la alegría de Pablo y, los tres juntos, corrieron al jardín. Vieron a Bobby que recorría el parque con la seguridad de costumbre. A su lado, una máquina idéntica, pero más pequeña y de color rosado, lo ayudaba a realizar el trabajo. Los movimientos de la nueva visitante eran delicados, y el suave sonido del motor le daba un aspecto femenino si se lo comparaba con el ronroneo vigoroso y el rodar enérgico de Bobby. La familia pasó el resto de la mañana consagrada a observar a la pareja. En determinado momento, al agotarse las baterías de la visitante, Bobby la acompañó hasta la recarga de electricidad y, con delicadeza, la empujó para que se conectara. Esperó pacientemente junto a ella a que la carga se completara y, recién después, se conectó él. Finalizada la operación, siguieron recorriendo el jardín, uno al lado del otro. Al llegar a los canchales más estrechos, la compañera de Bobby se introdujo con habilidad por los senderos y realizó su trabajo avanzando y retrocediendo con precisión. Esto representaba toda una ventaja respecto de Bobby que, por su tamaño, no tenía acceso a esos lugares.

Pablo la bautizó Rosita. En los días siguientes, la visitante alternó su tarea en el parque con una entusiasta participación en los juegos de Bobby y Pablo, que disfrutaba intensamente a su recuperado compañero tanto como a su amiga.

A la tardecita del sábado siguiente, Marcos dio por concluido su trabajo en el galpón. Había renunciado a varias horas de descanso para terminar la remodelación durante el día y el resultado de su esfuerzo le pareció perfecto. Finalmente, ese espacio de la casa había quedado ordenado, con estantes para la guarda de trastos que no se usaban y para otros que aguardaban el momento adecuado para su uso. El techo ya no tenía goteras y el piso era ahora de baldosas. A uno de los estantes inferiores lo había convertido en un hangar confortable para proteger a Bobby y a Rosita de las inclemencias del tiempo.